

CAPITULO X.

APARICION DE JESUS A SUS ONCE APOSTOLES Y A MAS DE QUINIENTOS DISCIPULOS EN GALILEA.

“Despues de esto, nuestro Salvador se apareció á los once en Galilea, en la montaña adonde los habia convocado. (San Mateo, XXVIII, 16).”

Tal vez era el monte Tabor, donde se cree que se trasfiguró el Señor. Entonces, sin duda, fué cuando se dejó ver á mas de quinientos discípulos; de lo cual habla San Pablo en estos términos (I ad Corint., XV, 6): “Despues se manifestó á mas de quinientos hermanos congregados, muchos de los cuales viven aún, y algunos se han muerto;” porque el Evangelista refiere (1): “Y viéndole le adoraron; pero algunos dudaron. (San Mateo, XXVIII, 17).” Esta duda no podia existir en los once, algunos de los cuales le habian visto tres veces á lo menos, y los otros á lo menos dos, despues de su resurreccion. Si se dice que algunos de los quinientos dudaban, la duda no recaia sobre la resurreccion del Hijo de Dios, sino solamente sobre su persona: dudaban que aquel que estaban viendo sobre la montaña, quizás á cierta distancia, fuese en efecto el Señor resucitado. Por eso no vemos que se les reprenda su incredulidad;

(1) Opínase que San Pablo escribió su primera Epístola á los Corintios el año 56, y por consiguiente, veintidos despues de la ascension de Jesucristo.

al contrario se dice: “Y acercándose Jesus, les habló diciendo: A mí me ha sido dada toda potestad en el cielo y en la tierra. Id, pues, y enseñad á todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, enseñándolos á guardar todo lo que yo os he mandado (*); y ved que yo estoy con vosotros todos los dias hasta la consumacion de los siglos. (San Mateo, XXVIII, 18 á 20). El que creyere y fuere bautizado, se salvará; mas el que no creyere, se condenará. Y los milagros que harán los que creyeren, serán estos: lanzarán los demonios en mi nombre: hablarán nuevas lenguas: tocarán las serpientes (**); y si bebieren algun veneno mortal, no les hará daño: impon-

(*) Despues de la instruccion en las cosas de la fé, manda el Señor á sus apóstoles, que enseñen á todos las reglas de las costumbres; porque la vida de un hombre que está bautizado, debe formarse sobre las reglas que Jesucristo ordenó á sus discípulos en su Evangelio, y no sobre alguna solamente, sino sobre todas. Porque el que quebranta uno de los preceptos, se hace reo, como si los hubiera quebrantado todos. (Jacob, II, 10). Y así, no basta tener la fé, ni haber recibido el bautismo, sino que es necesario observar exactamente todo lo que el Hijo de Dios nos ha ordenado por la boca de los apóstoles, que fueron los ministros de su palabra, y los intérpretes de su voluntad. San Gerónimo. (Nota del Ilmo. Scio al cap. XXVIII de San Mateo).

(**) MS. *E tollrán las sierpes.* En el texto griego y en la Vulgata, *tollent* significa, ó que las tomarian en la mano, y manosearian sin recibir daño, ó que las harian morir, para que no dañasen á los hombres. En castellano no hay palabra que abrace estos dos sentidos. Todos estos milagros, de que aquí habla San Márcos, se vieron con frecuencia en los primeros siglos de la Iglesia, como que eran mas necesarios para establecer la fé, y para confirmar la verdad de lo que predicaban: lo que explica San

drán las manos sobre los enfermos, y éstos sanarán. (San Márcos, XVI, 16 y 18)."

Examinemos las palabras de San Mateo, que hemos citado últimamente: "Y acercándose Jesus, les habló diciendo (este modo de principiar excita un movimiento de atencion): "A mí me ha sido dada toda potestad en el cielo y en la tierra."

Esta potestad le fué dada, segun su naturaleza divina, desde toda la eternidad, en virtud de su participacion en la esencia divina por su Padre Eterno. Segun su naturaleza humana, le fué dada por la participacion de la naturaleza divina, y tambien le fué comunicada por su Padre celestial, á causa de su encarnacion, de su pasion y de su muerte.

"Id, pues, y enseñad á todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, enseñándolos á guardar todo lo que os he mandado; y ved que yo estoy con vosotros todos los dias hasta la consumacion de los siglos."

Los apóstoles han muerto; pero el Señor está con sus sucesores que enseñan: está con ellos, hasta la consumacion de los siglos, el que recibió toda potestad en el cielo y en la tierra. Aun cuando la Iglesia no tuviera ninguna otra promesa, estaria bastante segura de su infalibilidad y duracion.

Agustin con la semejanza de una viña, ó de un árbol, que necesita de mas frecuente y copioso riego, cuando está recién plantado, que cuando está bien arraigado y crecido. (Nota del Ilmo. Scio al cap. XVI de San Márcos).

CAPITULO XI.

APARICION PARTICULAR A SANTIAGO.—ASCENSION DE JESUCRISTO A LOS CIELOS.

Despues de esta aparicion del Hijo de Dios á mas de quinientos hermanos congregados, que era probablemente, como hemos dicho, la de la montaña de que habla San Mateo (Cap. XXVIII, v. 16), se manifestó á Santiago, segun dice San Pablo en la primera Epístola á los Corintios. (Cap. XV, v. 7). ¿Era á Santiago el Zebedeo, á quien Jesucristo habia distinguido muchas veces particularmente, al mismo tiempo que á Pedro y Juan, entre los otros apóstoles, haciéndole con aquellos testigo de su trasfiguracion, y luego de su agonía en el huerto de Gethsemaní, y el primero de los doce que selló con su sangre la confesion del nombre del Señor? ¿O era á Santiago, hijo de Alfeo, á quien los cristianos y los judíos han apellidado el justo? Eso es lo que no dice San Pablo, verosímilmente porque hablaba de esta aparicion, como de una cosa sabida entonces. Mas segun algunos testimonios respetables de la antigüedad, á quien Jesus se manifestó en particular, fué á Santiago, hijo de Alfeo. Así lo supone San Juan Crisóstomo. (Homilía LVIII in Epist. S. Pauli ad Corint.) sin querer, no obstante, decir nada sobre este punto; y funda su opinion en la tradicion, de que el mismo Hijo de Dios

nombró obispo de Jerusalem á este Santiago. Clemente de Alejandría, que florecia en la última mitad del siglo II, aseguraba en uno de sus escritos que se ha perdido, pero de que nos ha conservado Eusebio un pasaje en su Historia eclesiástica, que nuestro Señor después de su resurrección, concedió grandes luces (*tengnosin*) á San Pedro, San Juan y Santiago el Justo, con preferencia á los otros apóstoles: que aquellos las comunicaron á sus discípulos; y que estos hicieron participantes á los setenta, entre los que se hallaba Bernabé (1).

Los evangelistas apenas escribieron nada sobre lo que nuestro Señor dijo é hizo en los cuarenta últimos días que pasó con ellos en la tierra; sin embargo, San Juan asegura que obró otros muchos milagros en presencia de sus discípulos (Cap. XX, v. 30); y San Lucas habla *de diversas maneras con que se manifestó él mismo vivo después de su pasión, apareciéndoseles durante cuarenta días, y hablando del reino de Dios.* (Actos de los apóstoles, I, 1 á 5). Una santa oscuridad le oculta muchas veces á nuestros ojos en este espacio de tiempo, así como nos le ocultó en los treinta años primeros de su vida. Solo de cuando en cuando aparecía en la es-

(1) Ya que cité aquí á Clemente de Alejandría, no debo pasar en silencio, que él, San Gregorio Niseno y San Cirilo de Jerusalem, han distinguido de Santiago Alfeo á Santiago el Justo, primer obispo de esta ciudad: así lo hacen también los griegos modernos. Mas no es este el lugar de demostrar hasta qué punto es inverosímil semejante opinión.

cena para probar su resurrección y ascension, y demostrar el fundamento de su Iglesia, que él mismo sentó. El Espíritu Santo trataba con una sabiduría misericordiosa, de confirmarnos en nuestra fé, y no de satisfacer nuestra curiosidad; y como la tradición trae su origen precisamente de la época en que conversaba del reino de Dios con sus apóstoles, era natural que el contenido de sus discursos nos fuese transmitido por la vía de la tradición.

La Sagrada Escritura no nos dice si Jesucristo se apareció después de su resurrección, á su Madre Santísima; pero ¿quién puede dudarle? Ella era la última que nombró antes de morir, cuando atravesó una espada su alma; y sin duda fué una de las primeras á quienes se manifestó después de su resurrección. María, que había acompañado á su divino Hijo á Jerusalem con los apóstoles y las santas mugeres, fué sin duda con ellos á Galilea, y luego volvió á Jerusalem, donde, según San Lucas, permaneció siempre desde la ascension de Jesus hasta la venida del Espíritu Santo sobre los apóstoles, *con ellos y las santas mugeres que perseveraban unánimemente en la oracion.* (Actos de los apóstoles, I, 14). Respetemos el velo virginal con que la Escritura Santa ha cubierto á la que es bendita sobre todas las mugeres, aquella á quien todas las generaciones debían llamar dichosa, y proclamar tal hasta la segunda venida de su Hijo.

Por su orden se dirigieron de nuevo los apóstoles á

Jerusalem, donde *los congregaba* (1) y les dijo: “Y yo os envío la promesa (2) de mi Padre; mas vosotros permaneced en la ciudad hasta que seáis revestidos de la virtud de lo alto: porque Juan bautizó en el agua; pero vosotros sereis bautizados en el Espíritu Santo, dentro de pocos días. Y los sacó fuera hácia Bethania (3). Ellos, pues, estando reunidos, le preguntaban diciendo: Señor, ¿restaurarás el reino de Israel en este tiempo? Mas él les dijo: No os toca á vosotros conocer los tiempos ó los momentos que el Padre puso en su poder; pe-

(1) Donde los congregaba, *sunalizomenos, congregando*. La acepcion de la palabra es muy sabida, y se halla en los mejores autores. La Vulgata dice *convalescens*, comiendo juntos. Si se quisiera dar esta acepcion á aquella palabra, habria que derivarla de *alas* ó de *als, sal*, porque *alizein* significa *salar*, lo mismo que *reunir ó congregar*. En este último sentido debe derivarse de *alis*, bastante, en abundancia, juntamente. Dícese que las traducciones siríaca y árabe concuerdan en este punto con la Vulgata; y San Juan Crisóstomo se declara por esta acepcion. He creído deber indicar todo esto; pero estoy convencido de que San Lucas, que era muy versado en el griego, no usaria la voz *sunalizesthai* para expresar la idea *de comer con*, porque esta acepcion seria á lo menos muy extraña y afectada, y debía ocurrir á cualquier lector el sentido propio de la palabra *reunir ó congregar*.

(2) Segun un hebraismo, la voz *promesa* se toma aquí por el objeto de ella, como en otros muchos lugares del Nuevo Testamento. Así, hallamos muchas veces en los hebreos *la fé y la esperanza*, en lugar del objeto de la fé ó de la esperanza. Nosotros decimos tambien: Es mi amor, es decir, el objeto de mi amor.

(3) No hasta el pueblo, sino hácia el camino de Bethania, y tal vez en su territorio. Este lugar estaba situado en las cercanías de Jerusalem, al otro lado del monte Olivete; pero al pié de la montaña, desde donde nuestro Señor subió al cielo.

ro recibireis la virtud del Espíritu Santo que vendrá sobre vosotros, y sereis testigos por mí en Jerusalem y en toda la Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra. Y levantando las manos los bendijo; y á vista de ellos se elevó, y una nube le recibió y le apartó de sus ojos, y era llevado al cielo. Y cuando ellos le contemplaban subiendo al cielo, he aquí que aparecieron junto á ellos dos varones con vestiduras blancas, los cuales dijeron: Galileos, ¿por qué estais mirando al cielo? Este Jesus que de en medio de vosotros se ha elevado al cielo, vendrá de la misma manera que le habeis visto subir al cielo. Y ellos adorándole se volvieron á Jerusalem con gran gozo, y estaban siempre en el templo alabando y bendiciendo á Dios. (San Lucas, XXIV, 49 á 53, San Márcos, XVI, 19, Actos de los apóstoles, I, 5 á 11).”

CAPITULO XII.

SE REUNEN LOS APOSTOLES EN JERUSALEM, Y ELIGEN
A MATIAS EN LUGAR DE JUDAS.

San Lucas termina su Evangelio con las últimas palabras del capítulo anterior. Veamos lo que dice en los Actos de los apóstoles (Cap. I, v. 12 á 14).

“Entonces volvieron á Jerusalem, del monte que se llama Olivete, que dista de Jerusalem la jornada de un sábado (1). Y habiendo entrado en el cenáculo, subie-

(1) Una ley humana, de la que no se habla absolutamente en la ley di-
TOM. II.—16.

ron adonde permanecian Pedro y Juan, Santiago y Andrés, Felipe y Tomás, Bartolomé y Mateo, Santiago, hermano de Alfeo, y Simon Zelotes y Judas, hermano de Santiago. Todos estos perseveraban unánimemente en la oracion, con las mugeres, y María, Madre de Jesus, y sus hermanos.

Si alguno tratase de acusar á San Lúcas de que se contradice, porque en su Evangelio dice, que los apóstoles permanecian siempre en el templo, y en los Actos de los apóstoles asegura por el contrario, que perseveraban unánimemente en el cenáculo en oracion con las santas mugeres, con María, Madre de Jesus, y sus hermanos, seria fácil conciliar estos pasages. Los apóstoles iban diariamente al templo, tal vez á todas las horas del sacrificio, que se hacia tres veces al dia; pero pasaban lo demas del tiempo en su casa con las otras santas personas, cantando las alabanzas de Dios, que habia glorificado á su Hijo único, y pidiendo con fervorosas oraciones y súplicas, la plenitud del Espiritu Santo, que Jesucristo habia prometido muchas veces á los apóstoles, antes de su [muerte y despues de su resurreccion. Las santas [mugeres unian sus oraciones á las de los apóstoles. Con esta misma intencion, la Iglesia de Jesucristo exhorta aun hoy á sus hijos, cuatro veces al año, á que pidan por tres dias *al Señor de la mies, que*

vina, prohibia á los judíos alejarse en sábado mas de dos mil codos de su morada.

envie operarios á su mies, del mismo modo que Jesucristo hizo orar á sus discípulos.

“En aquellos dias, levantándose Pedro en medio de sus hermanos, dijo: (y habia reunida una multitud como de ciento veinte hombres): Hermanos míos, convenia que se cumpliese la Escritura que predijo el Espiritu Santo por boca de David, acerca de Judas, que fué el caudillo de los que prendieron á Jesus; porque era contado entre nosotros, y recibió su parte de este ministerio. Y éste poseyó un campo del precio de la iniquidad, y colgándose reventó, y se derramaron todas sus entrañas (1). Y esto fué sabido de todos los habitantes de Jerusalem (2), de suerte que aquel campo fué llamado *Haceldama*, esto es, campo de la sangre. Porque está escrito en el libro de los salmos: Quede desierta la morada de ellos, y no haya quien habite en ella, y reciba otro su episcopado. Conviene, pues, que de estos varones que han estado reunidos con nosotros en todo el tiempo que el Señor Jesus entró y salió entre nosotros, empezando desde el bautismo de Juan (3) hasta el dia

(1) *Poseyó un campo*, es decir, el campo fué comprado con el precio de su traicion. Las circunstancias de la muerte de Judas, referidas aquí, se concilian muy bien con la breve narracion de San Mateo: *Habiéndose retirado, fué y se ahorcó*. Probablemente se rompió la cuerda, cayó Judas boca abajo, y reventó. El apóstol San Pedro tuvo ocasion de hablar á los que tenian todavía presente en la memoria aquel suceso horrible.

(2) Así, el traidor debia ser tambien un testigo.

(3) *Desde el bautismo de Juan*, quiere decir, desde el tiempo en que Jesucristo fué bautizado por San Juan.

en que fué arrebatado de en medio de nosotros, se saque uno que sea testigo de su resurreccion, con nosotros. Y presentaron dos, José que se llamaba Barsabas, y fué apellidado el justo, y Matías. Y orando dijeron: Señor, tú que conoces los corazones de todos, muéstranos cuál de estos dos has elegido para que ocupe el lugar del ministerio y apostolado, de que prevaricó Judas para ir á su morada. Y echaron suertes sobre ellos, y cayó la suerte sobre Matías, y fué contado con los once apóstoles. (Actos de los apóstoles, I, 15 á 26)."

¡Qué junta esta! Solo eran ciento veinte (1); pero ¡qué almas! La bienaventurada Madre del Hijo de Dios y sus apóstoles, que se sentarán en doce tronos juzgando á las doce tribus de Israel; que vivieron tres años con Jesus, y que recibían de su boca el dulce título de amigos y hermanos suyos.

Aquellas almas piadosas, ignoradas de un mundo lleno de templos consagrados á los ídolos, y en el que las pasiones mas feroces estaban desenfrenadas cual nunca, si se exceptúa el tiempo anterior al diluvio; aquellas almas, digo, estaban reunidas mostrando unas virtudes que el mundo no conocía, ni aun tenía nombres que darles, la humildad, la fé, la esperanza y la caridad.

(1) Solamente ciento veinte, es decir, en Jerusalem. De aquellos quinientos hermanos, á quienes se habia aparecido Jesucristo sin duda ninguna, en Galilea, despues de su resurreccion, los mas eran probablemente galileos, porque Jesus habia pasado la mayor parte del tiempo de su ministerio en aquel pais.

Pedro entró en su ministerio de gran pastor, como vicario visible del invisible gran pastor de las ovejas, que el Dios de paz resucitó de entre los muertos, por la sangre del Testamento Eterno, y á quien él mismo llama en su Epístola, *el príncipe de los pastores y el obispo de nuestras almas*. Los apóstoles entraron á ejercer al mismo tiempo que él, sus santas funciones de obispos y pastores, para las que los habia consagrado el Hijo del mismo Dios. Su soplo crió una alma viva en Adam, y su soplo animó tambien á los futuros pastores, de fuerzas para renovar la humanidad caída. Ya entonces eligieron un coapóstol, un obispo como ellos. Presentaron dos santos hombres; pero como los dos les parecían igualmente dignos, recurrieron á la suerte, no sin el auxilio del Espíritu Santo, que les inspiró esta resolucion, queriendo influir indirectamente en ellos, porque aun no se habian hecho hombres, ni se habian derramado aun sobre ellos en toda su plenitud, los dones y virtudes del Espíritu Santo, que aguardaban orando (1).

(1) En lo sucesivo no se hizo por suerte la eleccion de los obispos.